



Pulseando con el difícil

Author: Ana Lydia Vega

Source: English Studies in Latin America, No. 27 (July 2024)

ISSN 0719-9139

Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-Non Commercial-No Derivs 3.0 Unported License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> or send a letter to Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, USA.

Your use of this work indicates your acceptance of these terms.





PULSEANDO CON EL DIFÍCIL¹

ANA LYDIA VEGA²

PRIMER ROUND

En 1952, ondeó oficialmente por primera vez en cielo boricua nuestra querida monoestrellada. Bien acompañadita, claro está, por la inevitable *Old Glory*, mejor conocida en estos lares criollos como “la pecosa.” Supongo que fueron los nacionalistas los que, en justa revancha por su presencia *non grata*, le endilgaron el infamante apodo a la bandera americana.

Ese también fue el año de mi ingreso a la escuela. Como muchos matrimonios procedentes de “la isla” y agregados, con mucho esfuerzo, a la incipiente clase media urbana de Santurce, mis

1 Reproducido, con autorización de la autora, del libro *Esperando a Loló y otros delirios generacionales*, Río Piedras, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.

2 Nacida en Santurce, Puerto Rico, en 1946, Ana Lydia Vega es profesora jubilada del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Cursó estudios doctorales en la Universidad de Aix-Marseille, Francia. Su narrativa publicada incluye los títulos: *Virgenes y mártires*, *Encancaranublado y otros cuentos de naufragio*, *Pasión de historia y otras historias de pasión*, *Falsas crónicas del sur*, *Cuentos Calientes y Celita y el mangle zapatero*. Ha cultivado extensamente el periodismo de opinión como columnista de *Claridad*, *Diálogo* y *El Nuevo Día*. Parte de su obra ensayística ha sido recogida en los libros *Esperando a Loló*, *Mirada de doble filo*, *El tramo ancla* y *País nuestro*. Difundidos en revistas y antologías, traducidos a varios idiomas, sus cuentos le han valido distinciones como los premios Casa de las Américas, Juan Rulfo Internacional y Pushcart Prize for Short Fiction. Su trayectoria literaria ha sido honrada con su designación como “Escritora Distinguida” por el PEN Club de Puerto Rico y su elección como “Académica Honoraria” por la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. La Caribbean Philosophical Association le otorgó, en 2014, el “Nicolás Guillén Lifetime Achievement Award for Philosophical Literature.” En 2015, la Universidad de Puerto Rico le confirió un Doctorado *honoris causa* por su labor en el campo de las letras. En 2022, recibió el Premio Hemingway para Literatura en Español concedido por el Movimiento Ernest Hemingway de Miami.

padres hicieron mil malabarismos económicos para mandar a sus hijas a un colegio católico de monjas americanas. No se trataba tanto de evangelizarnos en la fe del Cardenal Aponte –mi padre era masón y decididamente anticlerical– como de ponernos en el buen camino de la promoción social vía el aprendizaje religioso del inglés. Así pues, un buen día me encontré, más pasmada que triste, sentadita en un salón de clases con mi uniforme verde trébol, mi blusita blanca y mis recién brilladitos zapatitos marrón.

Las monjas, que eran en su mayoría de origen irlandés, se tiraron de pecho a la ingrata tarea de convertirnos en buenos americanitos. Cada mañana cantábamos el inevitable oseicanyusí y jurábamos la famosa pecosa con todo y mano sobre el corazón. El inglés era, por supuesto, el idioma de estudios en todas las clases menos la de español. Hasta para ir al baño había que pedir permiso *in English*. Muchos fuimos los que tuvimos que mojar el pupitre por no atrevernos a formular o por pronunciar goletamente el complicado santo y seña del acceso a los meatorios. No resulta entonces sorprendente que desde los cinco añitos comenzara para nosotros, los niños mimados del ELA, una conflictiva y apasionada relación de amor-odio con el idioma que nuestro pueblo, entre temeroso y reverente, ha apellidado “el difícil.”

Ya para tercer grado nos tenían entendiendo a perfección los mandatos pavlovianos de las monjas y mascando mal que bien el *basic English* necesario para sobrevivir en la jungla escolar. Los libros de texto importados y las actitudes transmitidas por las maestras-misioneras creaban en nuestras cabecitas un mundo alterno, completamente distinto del que conocíamos y vivíamos en nuestros hogares. Mientras en la calle Feria, Papá improvisaba décimas y nos prohibía llamarle “papi,” relegando el cariñoso apelativo al rango del anglicismo indeseable, en la escuela era anatema, aun en pleno tranque expresivo, recurrir al español para expresar cualquier idea escurridiza. Poco a poco se iba consolidando la visión del inglés como lengua de prestigio, progreso y modernidad. En

inglés era todo el vocabulario técnico, científico y literario que incorporábamos para abordar los más diversos aspectos del conocimiento. El español, con su olorcito a mueble antiguo, quedaba reducido a las esferas de lo doméstico y lo íntimo. Recuerdo que cuando llegué a la Universidad de Puerto Rico, años más tarde, tenía que precipitarme urgentemente sobre el diccionario en busca de términos matemáticos, nombres de personajes históricos o de países exóticos que no sabía decir en español.

Las lagunas léxicas, aunque incomodantes, no eran lo más grave del caso. Para eso, después de todo, estaba el *Velázquez revisado*. Lo más insidioso de todo resultaba ser la doble escala de valores que nos habían infiltrado sutilmente en el sistema circulatorio. Estábamos absolutamente convencidos de que el inglés nos daba acceso, como una vez osara decir Ismael Almodóvar, a las Grandes Conquistas del Mundo Occidental. El español, por otra parte, nos ataba irremediabilmente al atraso, al subdesarrollo, a una cierta folclórica vulgaridad. Era una convicción profunda, como la de la existencia de Dios, que no se cuestionaba, que ni siquiera se ponía en palabras. El mal gusto de aquellas santas mujeres que tenían a su cargo nuestra domesticación jamás llegó tan lejos como para arrancarles el vil pronunciamiento de que el inglés era el *boarding pass* para llegar al cielo. No era necesario. Años de atenta observación e inteligente deducción nos lo habían probado.

Por lo tanto, las tarjetas de felicitación para cualquier ocasión tenían que ser en inglés. No era lo mismo enviar unos versos babosos y melodramáticos en la lengua de Felipe Rodríguez que un sucinto y discreto mensaje de sofisticados afectos en la de Perry Como. Y más todavía si la cursilería hispana de los versos era precedida por un estridente despliegue de corazones sangrantes sobre fondo de terciopelo violeta... Al lado de eso, hasta el *kitsch* americano pasaba por *savoir faire* europeo. Hallmark había establecido subrepticamente su gentil monopolio sobre la naciente sensibilidad de la clase media colonial.

Lo mismo ocurría con nuestras preferencias cinematográficas. La charrería personificada eran aquellas películas de Chachita y Tintán que nos atragantaba inmisericordemente la televisión. Y, aunque uno lloriqueara en secreto con Pedro Infante y Dolores del Río o se tirara su buena risotada con Viruta y Capulina, ni la fuerza unida de mil jabalíes histéricos hubiera podido extirparnos tal confesión ante nuestros pares escolares. Las películas del perverso Elvis Presley, del buenazo Pat Boone y de aquel *role model* generacional de la *All-American girl* que fue Gidget eran status symbols de nuestro clan. Sin olvidar las series tipo *Lassie*, *Cisco Kid* y *I Love Lucy* que –dobladas en español– hacían las delicias de nuestros colonizaditos corazones.

Para esa época, surgió un programa que sentó las bases para la futura polémica entre roqueros y cocolos: el célebre e inolvidable *Teenager's Matinée*, animado por el hoy psicólogo de nuestra menopausia, Alfred D. Herger. Con él, majamos papas bajo la rítmica consigna de Dee Dee Sharp y remeneamos caderas, para escándalo de nuestros padres y vecinos, a los gritos roncocos y los contoneos desenfrenados de Chubby Checker. Nuestra formación musical básicamente roquera nos alejó bastante del bolero, portador –para bien o para mal– de una ideología latina del amor. Mi hermana, que hizo la *high* en la Central y tuvo una infancia menos sujeta a la americanización, suspiraba por Tito Lara y cantaba boleros de Disdier mientras yo jirimiqueaba de emoción con Rick Nelson, Neil Sedaka y Paul Anka.

Lo más pintoresco de todo eran las sajonadas que salpicaban nuestra conversación diaria. No se trataba de un *Spanglish* bien mixturado o un inglés sometido a la dictadura morfológica del español sino de un súbito *code-switching* que nos hacía pasar, en una frase, del mundo cultural en el que nos movíamos al mundo transcultural de nuestra educación extranjerizante. No era tampoco exclusivamente cuestión de pura comemierdería. Recurríamos a la lengua injertada en busca de conceptos que reflejaran la realidad cambiante de nuestras costumbres, la modernidad vertiginosa

de nuestras aspiraciones. Decir *date* era, por ejemplo, mucho más libre y chévere que echarse encima el yugo verbal de la palabra “novio,” evocadora de chaperonas y sortijas de compromiso. Cuando había que esepitar algo medio empalagoso, medio pachoso, el inglés servía de cojín amortiguador. Se hablaba de *French-kissing* –aunque los franceses jamás han reclamado la autoría de tan ancestral práctica universal– para evitar la grosera referencia a un “beso de lengua.” Y ¿quién no preferiría que lo llamaran *square* (ahora sería *nerd*) a que le sacaran en cara a uno su total y absoluta pendejería? Los tiempos de España, en los que nos mantenían, a pesar de todo, nuestros queridos padres, estaban tocando a su fin.

Había, indudablemente, pequeñas grietas en aquel proceso de colonización lingüística que intentó abilinguarnos a ultranza. Aun a esas fervientes embajadoras de la americanización civilizadora que eran las monjas dominicas de mi escuela, se les escapaban detalles portadores del virus de la contradicción. Su nacionalismo irlandés irrumpía incontenible el 17 de marzo de cada año, cuando nos obligaban a cantar, montaditos en banquetas verdes, el repertorio completo de baladas patrióticas como *Galway Bay*, *Oh, Danny Boy* y *When Irish Eyes Are Smiling*. Por algo no he olvidado yo nunca una estrofa de la primera, vibrante de pasión anti-británica y, en el contexto de la academia, peligrosamente subversiva:

For the strangers came and tried to teach us their ways

And scorned us just for being what we are

But they might as well go chasing after moonbeams

Or light a penny-candle from a star.

Tuve, además, en la escuela intermedia, dos maestras de español que hicieron honor a la magia inesperada de sus apellidos, Betances y Palés, desviviéndose por sembrar en nosotros alguna semillita de puertorriqueñidad. Los primeros poemas que aprendí de memoria en español en la clase de Miss Betances fueron, significativamente, *Ausencia* y *Regreso* de Gautier Benítez.

Con la perspectiva que da el tiempo, caigo en cuenta de que los alumnos de las escuelas privadas americanas éramos los conejillos de Indias vanguardistas de una solapadamente violenta experiencia despuertorriqueñizadora. Padecimos los efectos concentrados y acelerados de lo que gradualmente iba a ir viviendo el país. Se nos preparaba esmeradamente para cursar estudios en las universidades de la metrópoli imperial y luego, en el caso de un retorno eventual, para formar parte de la *élite* dirigente pro-americana de Puerto Rico. En muchos casos, como era de esperarse, el proyecto se apuntó un triunfo resonante. En otros –los menos, me imagino– al producir exactamente su contrario, fracasó estrepitosamente.

SEGUNDO ROUND

Dice Albert Memmi que cuando el colonizado toma conciencia de su opresión, se mueve hacia el extremo opuesto, abrazando un nacionalismo defensivo que le permite afirmarse en lo propio. Y tiene toda la razón. Yo misma viví, como otros tantos puertorriqueños marcados por el pensamiento albizuista, la dinámica del rechazo a los valores impuestos y, en particular, a la lengua del colonizador. La fuerza del péndulo dialéctico me llevó inclusive a deformar “de maldá” mi antigua y bastante pasable pronunciación, tan penosamente adquirida a través de los años, para adoptar el rebelde inglés patriótico de la intelectualidad nacional.

La Universidad de Puerto Rico, a la que milagrosamente acudí en lugar de exiliarme, gracias a una beca, en algún *college* católico norteamericano, me propinó el primer puñetazo ideológico. Estudiar en español me parecía completamente extraño y ajeno. Sólo en el curso de literatura contemporánea de Robert Lewis podía aprovecharme y contestar los exámenes en la lengua que, por pura costumbre, me resultaba más natural al escribir.

Al cruzar el umbral de la Facultad de Humanidades, me topé cara a cara con la noción devastadora del ridículo. Ridículo era, por primera vez en muchos años, vacilar y no encontrar el término buscado en español; ridículo, introducir frases ingeniosas en inglés que ya no contaban con la complicidad divertida de los compañeros; y más ridículo aún, el declararse apolítico cuando todas las nuevas amistades militaban furiosamente en las filas del independentismo tirapiedras de los sesenta.

Me imagino la angustia sin par que habrán experimentado mis padres al presenciar el desplome gradual del muro de contención edificado a mi alrededor por ellos con tanto sacrificio. El terror del fichaje –terror retrospectivamente justificado por el descubrimiento tardío de las infames listas de subversivos– martirizaba sus sueños de paz y progreso para la familia. Desde mi actual personaje de madre, no puedo, en justicia, culparlos por unas decisiones que fueron el fruto de su honesto convencimiento e incuestionable buena intención. La verdad me obliga, sin embargo, a consignar la dificultad dolorosa de aquella ruptura paulatina que me colocó al margen de la ley y el orden, enfrentándome al peso de una educación dulcemente enajenante. Los amigos radicales y la literatura puertorriqueña de la Generación del 50 se aliaron al aire de aquellos tiempos sacudidos por grandes cataclismos políticos internacionales para machetear el cordón umbilical que me ataba a un pasado ahora estigmatizado.

Paradójicamente, la selección del francés como área de especialización académica despejó bastante la atmósfera de tensión lingüística en que me debatía. Mi posterior traslado a Francia para proseguir estudios graduados fue y sigue, sin duda, siendo una de las experiencias más descolonizadoras de mi vida. El aprendizaje de la lengua de André Breton no sólo posibilitó mi cita inaplazable con el legado intelectual francés de raíz eminentemente liberal sino con el universo antillano francohablaante que tanta luz arrojaría sobre mi propia identidad de mujer caribeña. La

adquisición de una tercera lengua, afectivamente positiva, y el descubrimiento ulterior de un Caribe culturalmente deslumbrante, a cuyo estudio me dediqué con entusiasmo, trajeron como efecto secundario una necesaria reconciliación con el inglés.

“El difícil” no se me presentaba ahora como un enemigo ancestral de la puertorriqueñidad ni un contaminador malévolo de lenguas maternas sino como una herramienta clave, como una llave imprescindible al conocimiento universal. Tras haberme sumido en los abismos de la más desconcertante ambivalencia, el inglés me mostraba al fin su rostro oculto, amable y generoso, el de una lengua ágil y hermosa que me permitiría salir al encuentro de una gran parte de los habitantes del planeta, entre los que se hallaban, en palco de preferencia, nuestros vecinos del Caribe anglófono y nuestros propios compatriotas, emigrados por necesidad a las “entrañas del Imperio.”

En el inventario de bienandanzas que fue preciso levantar para fumar la pipa de la paz con “el difícil,” no podía faltar la valoración de la literatura, la canción y el cine norteamericanos, cuyo disfrute nunca me fue negado en versión original. Volví, tras algunos años de abandono, a devorar en inglés lo que más placer me proporciona leer hasta el día de hoy: la narrativa policial. Sentía que aquel ostracismo voluntario, aquel detente que me había visto obligada a proferir para lograr rescatar lo que por derecho natural era mío, le había abierto las puertas al reflujó de unas aguas esencialmente vivificadoras. Había logrado recuperar la lengua de mi educación, cambiándole el signo negativo que las circunstancias políticas y sociales de mi país le habían conferido y devolviéndola a su verdadera vocación, la de todas las lenguas: la comunicación humana.

EMPATE POR DECISIÓN

Como maestra de francés que soy desde hace más años de los que me gustaría admitir, me preocupa profundamente la política educativa de nuestro país en lo que toca a la enseñanza del inglés. Creo firmemente que hay que desculpabilizar el aprendizaje de esta importante lengua que aprendemos tan deficientemente a lo largo de doce años de vida escolar obligatoria.

Habría, en primer lugar, que declararla, de una vez por todas y sin ambages, lengua extranjera. Ese *status*, que nada tiene de humillante, facilitaría un cambio de óptica en su pedagogía. Una lengua extranjera, como saben todos los especialistas de estas disciplinas, no se puede enseñar como la materna. Las técnicas didácticas y los postulados de base que fundamentan cada área son totalmente diferentes. Al aclarar tan capital asunto de filosofía educativa, podría entonces concentrarse dicha enseñanza en unos cuantos años bien escogidos y mejor programados. Así, no constituirían una carga psicológica, onerosa por su obligatoriedad, para nuestro alumnado.

Otra forma de legitimar el estudio del inglés –y no es ciertamente la más fácil– consiste en fortalecer el del español, actualizando el programa de lecturas y modernizando las estrategias para la práctica de la redacción. Un pueblo seguro de su lengua propia puede encarar, sin miedo y con orgullo, el conocimiento de otras que ya no representarían una amenaza de desintegración moral sino más bien una promesa de expansión espiritual.

La desculpabilización del inglés implica una transformación radical de las actitudes hacia esa lengua, ligadas muy estrechamente a nuestra ambigua relación política con los Estados Unidos. Ahora que tanto se habla de reforma educativa, no estaría mal comenzar a formular interrogantes y esbozar sugerencias. Ampliar la enseñanza de lenguas extranjeras en general (francés, portugués, por lo menos) favorecería el alcance, para nuestra juventud, de más variados empleos y mayores

vías de crecimiento intelectual. En el plano más profundo del desarrollo humano integral, sería – rompiendo los viejos esquemas de la dominación colonial– darles fuerza a sus alas.

ÑAPA PUGILÍSTICA

Querido “difícil”: no creas que aquí terminan, como después de una terapia psico-sexual, nuestras peleas conyugales. Si algo me han enseñado cuarentipico años de vida contigo es que, en definitiva, nada es sencillo ni absoluto. Hoy puedo decir, con agradecimiento y sin rencor, que no me arrepiento de nada: ni de haberte frecuentado desde mi tierna infancia ni de ser hija orgullosa y rebelde de esta isla amada.

Publicado originalmente en *Diálogo*, marzo de 1989.